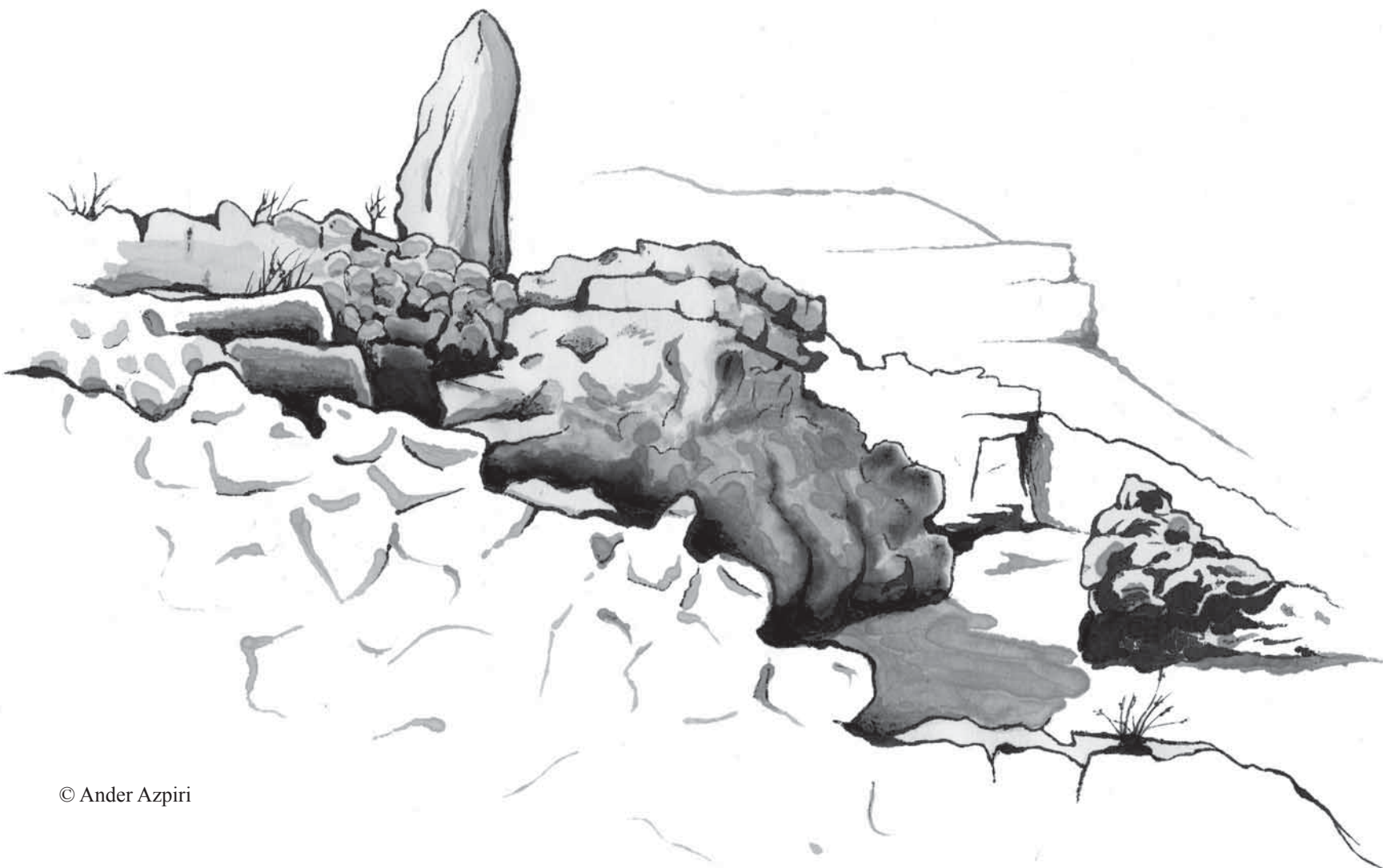


# Un asunto de vanidad

Eduardo Limón

*Éste que ves, engaño colorido,  
que, del arte ostentando los primores,  
con falsos silogismos de colores  
es cauteloso engaño del sentido;  
éste, en quien la lisonja ha pretendido  
excusar de los años los horrores,  
y venciendo del tiempo los rigores  
triunfar de la vejez y del olvido,  
es un vano artificio del cuidado,  
es una flor al viento delicada,  
es un resguardo inútil para el hado:  
es una necia diligencia errada,  
es un afán caduco y, bien mirado,  
es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.*

Sor Juana Inés de la Cruz, *A su retrato*



Vamos a morir. Todos lo sabemos. Por ello hemos desarrollado una utilidad práctica que hace algo más llevadera la espera. La vanidad no es más que un velo delgado, una manta de tejido ligero y estrecho que arrojamos sobre los logros de nuestra vida con el fin de recubrir nuestra naturaleza efímera. Vamos a morir, y con la certeza a cuestas, el dilema central de nuestra existencia consiste en dejarnos seducir por el vano afán de abrillantar nuestra trascendencia o pasar de largo, dejando así desempleada a la vanidad que en principio nos fue impuesta. La vanidad es un recurso y también un artilugio cultural.

Hay quien piensa que la vanidad es pecado. Otros más la perciben como característica. Para muchos la vanidad es condición, un ingrediente indispensable en la receta de la existencia. La vanidad es quizá el primer rasgo genuinamente humano que desarrollamos durante nuestro tránsito: se sabe que todo padre funcional se encuentra preparado para aplaudir y festejar las primeras victorias del hijo. Y se sabe que prácticamente no hay hijo que pretenda convencer al padre de que los aplausos y festejos no son de su agrado. Al fin y al cabo —así lo percibimos—, todo en la vida se reduce a un asunto de vanidad.

Además del encuentro con la propia vanidad —que cada quien ejerce con mayor o menor soltura—, en algún momento de la vida todos tenemos oportunidad de catar la vanidad ajena. Desde el niño que inicia sus lecturas conociendo la historia del venado engreído que, enamorado de su cornamenta, presume a todos su belleza hasta que gracias a ella se queda atascado en las ramas de un árbol (mientras es perseguido por un león que a la postre lo devora), pasando por el inevitable momento en el que uno se mira acorralado en cualquier reunión por el tipo que de forma sutil, pero certera, no deja de enumerar las metas que ha alcanzado, todos hemos encarado la vanidad ajena. Sin embargo, hay algo más que vuelve la vanidad un problema: estimamos un error tratar de apartarnos de ella. La vanidad nos sustenta. Dice Ernesto Sábato que la vanidad es cosa tan fantástica que incluso nos lleva a preocuparnos por lo que dirán de nosotros cuando ya estemos muertos y enterrados, y Norbert Elias reflexiona en su ensayo “La soledad de los moribundos” sobre el hecho de que la muerte

sea un problema que preocupa, de entre todas, sólo a nuestra especie. Si ciertamente pesada es la carga de sabernos mortales, para muchos es la vanidad el único accesorio capaz de aligerarla.

Pertenece a una especie vanidosa. Corrijo: pertenecemos a la *única* especie vanidosa que existe sobre la Tierra. Si hemos de encontrarnos algún día con cualquier tipo de civilización inteligente nacida en, qué sé yo, otro planeta, sería interesante preguntar a sus integrantes si saben qué es la vanidad. La respuesta que recibiríamos quizá nos enriquecería, pero algo en el fondo de nuestra intuición milenaria nos dice que probablemente recibiríamos una afirmación por respuesta. Así sabríamos que la vanidad es tan sólo un rasgo de la inteligencia.

Sin embargo, sorprende la humildad con que a veces hemos afrontado la sustancia misma de nuestra vanidad. La esencia de las religiones la combate: desde el consabido recordatorio *polvo eres* del catolicismo, hasta la instrucción que dentro de la filosofía budista pide suprimir todo deseo, hace siglos que la vanidad es advertida como enemiga del alma. Surgidos en la Europa del siglo XVI, justo cuando las mesas de las clases dominantes comenzaron a llenarse con productos traídos desde todos los rincones de las tierras recién conquistadas, los *Vánitas* (o *Vanitas*) no son más que una poderosa reflexión sobre la futilidad de nuestra vanidad intrínseca. Ocupando el lienzo, están ahí todos los elementos recordándonos que el nuestro es un paso momentáneo: la fruta casi podrida, las velas a punto de extinguirse, las flores marchitas, el cráneo humano. Existe una imagen de San Bruno en que es posible leer, como detalle escrito en un libro situado en la parte baja de la composición, justo al lado de una página en la que aparece una enorme calavera, la frase *Vánitas vanitatum, et ómnia vánitas* (“vanidad de vanidades, todo es vanidad”).

No escaparemos nunca de la vanidad. Como el pintor de un *Vánitas*, que al mirar concluida su obra probablemente sonrió orgulloso. Como San Bruno, que en el último momento quizás se haya sentido ligeramente engreído al hacernos ver nuestros defectos.

Como yo, que tengo la certeza de que debo entregar un buen texto, uno que guste a los lectores y que, sólo por ello, me envanezca.